

como sea tan connatural el temor en los delinquentes; no hizo del sueño tan poco caso, que no lo consultasse con sus confidentes, para que anduviesse con cuydado. Aguardò el demonio al día que Fr. Junipero avia de passar por aquel parage, y adelantandose en forma de vn Aldeano, se llegó al Vandro, y le dixo: que supiesse, que de Roma llegaría allí vn hombre de mala traça en trage de pobre humilde, roto, y despreciable, pero que venia à quitarle la vida; para lo qual no traía mas armas que vna lesna, y recado de encender lumbre, para pegar fuego al Castillo. Con estas señas tan individuales, juntas con el presagio de el sueño, diò la traycion por cierta, y puso guardas en las bocas de los caminos, para que no pudiesse escaparse el asesino. Dieron las guardas presto con Fr. Junipero, que estaba bien ageno de este trabajo, y nada temeroso de tal peligro, por el privilegio de pobre. Aviale sucedido en el camino, que vnos moços livianos, instados de la sugestion del demonio, burlando del, le avian pedaçado el habito, y roto la capilla, de fuerte, que en nada parecia su trage Religioso, de el qual desprecio venia Fr. Junipero muy contento. Las guardas le registraron todo, y hallandò la lesna, y recado de encender lumbre, que eran las señas que tenían para conocerle, le asieron con gran furia, y à todo tropel, y malos tratamientos le llevaron à la presencia de su Capitan. Este luego que le viò, le conociò, por las especies del sueño, ser el mismo que buscaba; y preguntòle, que para que traía aquella lesna? A que le respondió, que para remendar las sandalias, quando fuesse necesario en el camino. Ea, bien està, dixo; y este eslabon, y yesca, para que le traes? Para encender luz, o lumbre, respondió, quando por estàr lexos de la poblacion me quedo en el campo. Eres vn traydor, dixo el

Capitan, y yo te harè, que à fuerça de tormentos confiesse la verdad. Puesto en el potro, y preguntado, que quien era, respondia: vn gran pecador mentecato. Preguntado, si venia à pegar fuego al Castillo, y matar à su Capitan, dezia, ser tan malo, y tan perverso, que aquellas, y mayores atrocidades hiziera, si Dios le dexasse de su mano. Preguntado, que quien le avia inducido, para que con alevosia obrasse tales maldades, apretandole los cordales con terrible crueldad, solo se oia en su boca esta voz: sea bendito por siempre Nuèstro Señor Jesu Christo. Pasaban de ver la valentia, y tolerancia con que padecia el tormento, y de ella misma se aseguraban mas, en q̄ aquel hombre por mas que lo disimulasse su mala traça, y trage, era de coraçon fuerte, y à quien se le podia bien averfiado empresa tan dificultosa. Apuraronse las bueltas del potro, y viendo que no podian sacar cosa cierta de su confesion, le quitaron de el medio muerto, y quisieron probar, si con ahagos, y promessas podian reducirle à que confesasse quien era, quien le avia inducido à la traicion, ofreciendole libertad, y vida. Ratificòse en las primeras respuestas: repitieron la tortura con nuevo linage de tormento, qual fuè apretarle fuertemente la cabeça con cordeles anudados à las sienas, invencion muy del genio de la crueldad, pues de este tormento le durò el dolor todo el tiempo que la vida. Nada bastò para que se condenasse por su boca culpado el inocente, y estaba tan bien hallado en el padecer, que se ofreciò prompto à morir en las afrentas del suplicio, con apariencias de delincente, por parecerse en algo à su buè Maestro Jesus. Viendo el Capitan, que no podia sacar de el lo que tanto deseaba para su seguridad; por fuerça de los indicios le condenò à muerte de horca, y que fuesse llevado al lugar del su-

suplicio arrastrado à la cola de vn cavallo. Tan lexos estuvo de asustarse, ò entristecerse, que atado yà à la cola de el bruto, en la forma que podia le azoraba para que anduviesse aprisa, haziendosele mas penosa la dilacion, que la muerte. Quando le llevaban arrastrando fuè fuerte, que le viene vna muger, que le conocia mucho, y con la presteza posible, se fuè al Convento mas cercano à dar aviso del aprieto en que se hallaba Fr. Junipero. A este tiempo llegó tambien vn hombre pidiendo vn Confessor, para que ayudasse à bien morir à vn delincente, cuyo silencio, y alegria se temia fuesse maliciosa obstinacion. El Guardian con dos Frayles partiò presuroso al lugar del suplicio, y descubriendo el rostro al delincente (que yà se le tenían cubierto, como es costumbre en Italia) le conociò, y bañado en lagrimas de verle en tan miserable estado, dixo: Què es esto hermano Fr. Junipero? Quien te ha traído à desdicha tan defastrada? El muy risueño, respondió: Pues vosotros tambien, que conocis mis maldades, estrañais este suceso? Quien estan mal hombre como yo, y tan ingrato à los beneficios de Dios, no es mucha misericordia suya, que venga à parar en vna horca, que tiene tan merecida? Y por esto lloras hermano Guardian? Toma este paño, y enjugate los ojos, que como eres gordo, te haze mala cara el llanto. Los Religiosos bien satisfechos de su inocencia, pidieron à los Ministros se suspendiesse la execucion de aquella sentençia, hasta que se viesse con el Capitan, y le informassen de las calidades de aquel hombre, que era Religioso de su Orden, de vida inculpable, y se llamaba Fr. Junipero. Al oír este nombre pasaron en admiracion, porque la fama de su santa simplicidad le avia hecho muy conocido. Informado el Capitan, y bien satisfecho de ser aquel hombre Fr. Junipero (para cuyo examen avia traído

personas, que le conocian de trato familiar) renociò el engaño del demonio, y quedò confusissimo del suceso, teniendo por presagio funestissimo de sus desdichas el aver atormentado con tal crueldad à vn Varon tan Santo.

Retovole en su Castillo algunos dias para curarle de los tormentos, de que estaba muy estropeado. Travò el Santo con el estrecha amistad, por ver si podia reducirle à que dexasse la escandalosa vida que traía. Quando estuvo convalecido, se bolviò al Convento, pero no olvidaba visitar à su amigo, regalándole con algunas niñerías, que le daban los devotos, y dezia, no tener en el mundo persona à quien el amasse mas de coraçon, ni debieffe tanto, ni à quien mas tuviesse en su memoria, por los continuos recuerdos, que le hazia el dolor de su cabeça: tanta era la estimacion, que hazia del terrible exercicio, que diò à su invicta tolerancia. Visitavale, y persuadiale à que dexasse el estado de vida peligroso, à que le avia traído el espíritu diabólico de la vengança, porque temia mucho, que castigasse Dios sus atrocidades con fin defastrado. Veneraba el Capitan al bendito Varon, y siempre que le visitaba le pedia perdon de sus agravios. Pero empeñado yà en sus insultos, no se aprovechò de los consejos, y murió de allí à pocos meses pedaçado al furor vengativo de sus contrarios, que à fuerça de armas entraron en el Castillo, y passaron à cuchillo, à el, y à sus compañeros.

CAPITULO XXI.

Ingeniaba su humildad medios para ser despreciado.

FUE la simplicidad de Fr. Junipero, en solicitar desprecios, muy ingeniosa, no dexaba pasar ocasion alguna, en que no procura-

raffe à costa de su paciencia sacar buena ganancia. Como las extravagancias de su sencillez eran tales, burlaban del muchos, que no penetraban el fondo de su humildad, y le trataban como à fatuo. Quando los veia mas empeñados en hazerle burlas, tomaba en las manos las faldas del habito, y les dezia: Ea amigos, escarnios, y daros prisa, y no penseis que soy bobo, porque os asseguro, que aunque disimulo, y calló, cojo piedras, que me han de valer mas que vn mundo.

Embiaronle vna vez à Viterbo, y teniendo noticia, que le deseaban ver con alguna estimacion, que se tenia de su virtud, al entrar en la Ciudad previno este peligro, porque no se lisongeasse con la vanidad, y el aplauso, el amor proprio. Desnudose el habito, y haziendo con el, y la cuerda vn emboltorio, se le echò al ombro, y fue como si huviera ceceado à los muchachos, para que le escarneciesen como à loco. Dióse noticia à los Frayles del Convento de Viterbo, de la irrision, y fiesta, que con Fr. Junipero traian los muchachos en la Plaza; y con orden del Guardian le llevaron de tropel à casa, afrentados de sus excessos. Quando le tuvieron en su poder, escandescidos de el agravio que hazia à su santo habito, le trataron con mucho rigor de palabras. Es el, dezian, el Santo? Que bien entiende de discrecion de espiritus, quien dà los honores de la virtud à la brutalidad, y locura. El no es Frayle Menor, sino oprobrio, y afrenta de la Religion de los Menores. Tan alegre, y risueño como estaba entre las burlas de los muchachos, estaba, y mas entre las pesadas veras de los Frayles. Esta mano vltima, en que se perficionaba su paciencia, era la que mas amaba, como ventajosa para su merito, quanto va de vna mano que burla, à otra que castiga. Despues de muchos malos tratamientos, viendo los Frayles

su inalterable constancia, y serenidad de rostro, parò en admiracion, lo que empeçò en zeloso enojo, y reconocieron, que aquella paciencia, y humildad eran poco imitables, y mucho maravillosas.

En Afsis vn dia que la Ciudad tenia fiestas publicas, se apareció desnudo en la Plaza, y concurrieron à el à trompañada los muchachos, en cuya desatencion tenia libradas sus mejores esperanças. Los hombres de juyzio, viendo en estos lances la modestia de sus ojos, la compostura de sus acciones, la cordedad de sus palabras todas santas de edificacion, y desengaño, no se burlaban de el; aunque à muchos se les hazia ser poco prudente su zelo, y menos decoroso à su Religioso estado; pero como de semejantes excessos avian visto resultar maravillas en San Francisco, y otros Compañeros, suspendian el juyzio, sin atreverse à dar abiertamente censura. En fin, en este lance, por ser en la Plaza, y en concurso tan numeroso, como el de vnas fiestas, no faltò quien escandalizado diesse noticia al Convento, para que recogiesen à Fr. Junipero. Hizose afsi, y aviendole mandado el Guardian dezir la culpa, le açotò con mucho rigor, y empeçò à reprehenderle con aspereza; y haziendo mucha ponderacion de la culpa, dezia: No sè, que nos hagamos para corregir à este tontaço, que es de nuestro santo habito el deshonor, y la afrenta; que penitencia le podremos dar proporcionada à su brutalidad, y locura. Yo te la dirè hermano Guardian, dixo entonces Fr. Junipero con mucha mansedumbre: Mandame que me vuelva por donde me vine, y que me quede en la Plaza como me estaba, que yo sè que me castiguen à toda tu satisfacion mis muchachos, que para esto tienen gracia muy particular los Angelitos. Con esta paciencia desarmò del Guardian los enojos, y la Comunidad quedò edifi-

fica;

ficada, y con admiracion de ver, que profundas rayzes avia echado en la humildad Fr. Junipero, para descollar mas seguro en la perfeccion.

Vn seglar devoto de la Orden, noticioso de la gran virtud de el siervo de Dios, deseò tenerle consigo, vnos dias en su casa para comunicarle; y no pudiendo acabar lo con el, à costa de muchos ruegos, se valió de la intrusion, y vallimiento que tenia con el Prelado, para que se lo mandasse. Obedeciò con humildad, pero en todo vn dia que estuvo en su compañía, no le pudo sacar vna sola palabra: Passò lo mas de la noche en la Oracion, no sin registro de la curiosidad del huesped; y deseando este saber por la mañana, si avria mudado de humor Fray Junipero, y si dispensaria en su silencio, tentò el vado, y hallòle tan profundo, como el primer dia. Enfadóse mucho, y hartòle de grossero, impertinente, necio, hipocriton, que se fuesse mucho enhoramala, que ni creia en su virtud, ni sabia como huviesse quien tuviesse por Santo à quien era notoriamente, ò loco, ò tonto. Baxò Fr. Junipero sus ojos, y sin despegar sus labios, se fue al Convento contentissimo de verse tratado con tanto desprecio; de quien avia solicitado llevarle à su casa con estimacion. Preguntavale el Guardian, que como le avia ido con el devoto; y respondió: Lindamente, cierto hermano, que no he tenido tiempos ha tan buen dia, el es vn Santo, y tiene lindo entendimiento, y mucha gracia, para dezir lo que siente, à se, à se, que no tiene humor de tratar mucho con bobos; el me conociò, como si me huviera tratado toda mi vida, y me tratò mucho mejor, que yo merezco. Quando el Guardian descifró el misterio, ò equivocacion de estas palabras, con la queja que le diò el hombre de Fr. Junipero, tuvo bien que reir, y que admirar en la passada repleta.

Vivia en el Convento de Porciuncula, y la fama de su santidad llegó à Roma, donde muchas personas devotas, y de toda suposicion, deseaban verle; para lo qual se valeron de la autoridad de los Prelados. Esperavanle muchos à la entrada, y entre ellos algunos Cardenales; y temeroso de los aplausos, que tanto apetece la ambicion humana, viendo tan cercano el peligro, se recogió al sagrado de vnos muchachos, que estaban entretenidos en vn columpio de vigas atravesadas, y sin hablarles palabra cogió la via de las puntas. Los muchachos llevaban mal, que de antubion se les entrasse en el juego, y empezaron à dar en el tirandole piedras, y lodo. Y viendo, que ni se defendia, ni los ofendia, les pareció, que era loco manso, y fatuo de gusto, y le admitieron à su juego, burlandose con el à toda su satisfacion, y mucha fiesta. Los que avian salido à recibirle, se acercaron con mas curiosidad à verle, y hablarle; pero el embebido, y bullicioso en su columpio, de ninguno hazia caso. Esto es lo que celebran por bueno, dezian vnos. Este es vn loco mentecato, y fuera mas puesto en razon, que le tuviesse atado, que dexarle así suelto para que afrente su habito. Otros, con mas profundo juyzio, reconocian la estratagemas de su humildad, buscando el desprecio, y huyendo la estimacion. Y todos viendo tan embebido, y alborozado en su columpio, le dexaron en su juego, y se fueron à sus casas avergonçados de aver dado credito à la fama de vn hombre, en quien no vieron mas que locuras. Quando ya se fueron, dexò su columpio para irse à su Convento; pero los muchachos bien hallados con su mansedumbre, no le quisieron perder de vista, y con grande vozeria, y muchos escarnios le encerraron en casa, donde le admitieron con celebridad bien diferente; pero mas ruydosa, que

la